

LA CHICA ALEGRE * con Olive Borden



62

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60

LA CHICA ALEGRE

BIBLIOTECA PERLA

THE JOY GIRL
1922

LA CHICA ALEGRE

SUPER PRODUCCIÓN CUYA PROTAGONISTA ESVA A CARGO

DE LA POPULARÍSIMA ACTRIZ

OLIVE BORDEN

ADAPTACIÓN LITERARIA POR

IOAQUIN ARQUES

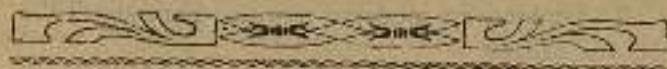


EXCLUSIVA

HISPANO FOXFILM, S. A. B.

CALLE VALÈNCIA, 250 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204. - BARCELONA



LA CHICA ALEGRE

CAPÍTULO PRIMERO

Para situar a nuestros lectores en el amplio marco donde se desarrolla la interesante acción de este libro, les diremos que nos hallamos en Palm Beach, especie de invernadero delicioso, donde se congregan la riqueza y la elegancia.

El lago azul y transparente, divide la población, formando dos grupos, dos harriadas, como para que la riqueza y la modestia de las clases trabajadoras no convivieran juntas.

Palm Beach *Occidental* era la parte de la población donde el mundo elegante casi nunca llegaba:

y allí, también en modesta morada, habitaba Julia con sus padres.

El, un honradote oficinista, que rara vez participaba de las aficiones de su esposa, no porque ésta fuera de la *cáscara amarga*, sino porque el cariño que sentía hacia su hija Julia, la desviaba fatalmente del sendero práctico y recomendable. Era un exceso de amor filial y una egoísta mirada hacia el porvenir.

Muchas veces solían discutir marido y mujer sobre el particular, y siempre salía derrotado el esposo.

—¿Pero crees que son sanos los consejos que das a nuestra hija?—le solía decir él.

—Más que los tuyos.

—Yo no la inclino a ningún lado.

—¿Y eso es bueno?

—Julia es una profesora en la confección de sombreros, y podía ganar un buen sueldo trabajando.

—¿Trabajando! ¿Qué he hecho yo, sino trabajar toda mi vida? Y ya ves como me ha lucido el pelo.

—Mujer, con mi sueldo hemos podido salir siempre adelante.

—¿Pero con cuántos disgustos, con cuántas privaciones!...

—No hemos nacido ricos.

—Nuestra hija puede serlo.

—¿Qué!

—Siguiendo mis consejos, sí. ¿No te has fijado en su elegancia, en su gallardía, en su belleza?...

—Te ciega la pasión de madre.

—No lo dudes; yo educo a Julia y me desvivo para que pueda encontrar un marido rico. Cuando haya conseguido esto, que es asegurarle un porvenir brillante, entonces me moriré tranquila.

—¿Y te figuras que a mí no me gustaría que se vieran cumplidos tus sueños? Pues te equivocas. Yo amo a Julia tanto como tú, y para ella hasta un rey se me figura poco. Pero ¿dónde está ese rey? ¿Dónde hallar, aunque no fuera más que un príncipe?

—Por eso me sacrifico, y hago que Julia frecuente los sitios más aristocráticos. Ya verás como el día menos pensado encuentra el marido que la haga feliz.

—¿Dios lo quiera!

—¿Ves como al fin me das la razón?

—Pero, hija mía, si contigo no hay quien discuta.

—Pues ya lo sabes para otra ocasión. Deja que yo maneje el timón y ¡adelante!

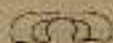
—Temo que naufraguemos.

—¿Ya empiezas de nuevo? ¿A que vamos a terminar con un disgusto?

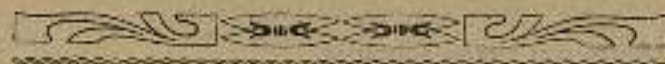
Y claro, el buen señor dejaba a la esposa con la palabra en la boca y se marchaba a la calle, huyendo de otra polémica.

Estas eran las únicas nubecillas que empañaban el cielo de la tranquilidad de aquella casa.

Y estas discusiones, ya procuraba la madre de Julia que no llegaran a oídos de la chica, la cual vivía en el mejor de los mundos.



Julia Coraje



CAPÍTULO SEGUNDO

Serían las once de la mañana, cuando la fantástica madre de Julia penetró en su alcoba, llegando con tiento hasta la cama, y dejando a los pies la bandeja con el desayuno.

Después abrió lentamente las maderas de la ventana para que penetrara la luz del día, y la joven despertó dulcemente.

—¿Ya es hora de que me levante?—preguntó Julia.

—Sí; pero antes tienes que desayunarte.

Y con un cuidado especial le colocó delante la bandeja, de la cual tomó la joven un trozo de tostada, y mordiéndolo sin ganas lo volvió a dejar junto a la taza del café.

—¿No comes más, querida mía?—le preguntó la madre con tierna solicitud.

—Como siempre; ya sabes que a estas horas...

—Son cerca de las once.

—Como todos los días.

—Pues mira, Julia, yo he tratado de tostar el pan como a ti te gusta.

—Y yo te lo agradezco mucho, mamá; pero te repito que me faltan ganas. ¡He pasado una noche de agitados ensueños que me han producido un fuerte dolor de cabeza!

—Llamaremos al médico.

—No, por Dios. Esto no es nada; ya estoy mejor y cuando me levante...

—Antes voy a repasarte estos lindos piecitos. Ya hace dos días que no te he pulido las uñas.

Y la especial mujer descubrió los pies de la muchacha, y con la paciencia y cuidado de una profesional, dió principio a su delicado trabajo, mientras Julia, tomando un sombrero que había junto al lecho, sobre una silla, empezó a darle cortes con unas tijeras.

—¡Pero, Julia!—exclamó asustada la buena señora—. ¿No es ese el nuevo sombrero de tu papá?

—Era; mas ya pasó a la historia. ¡Ahora será una importación francesa y de las caras!

—Ya sabes que no me gusta que trabajes sin motivo.

—Es preciso ayudarse si he de alternar con la gente *chic* del otro lado de la población. Ya verás. Iselda (ne me da lo menos veinte pesos por él, y después lo venderá por cincuenta.

—¿La has vuelto a ver?

—Sí, ayer. Y me ofreció una buena colocación en su casa. Dice que tengo *ángel* para el negocio.

—Basta, Julia. Yo he ahorrado y me he esclavizado, pensando siempre en un brillante porvenir para ti y no quiero ver que mis esfuerzos no han servido.

—Pero si yo no he de trabajar en los talleres de Iselda. Es cuestión de entrar y salir nada más.

—Esas lindas manos no las he cuidado yo para que se deformen trabajando.

—Así será, mamá. Yo haré cuanto me ordenes para no disgustarte.

—Quiero verte casada con un hombre rico. Y a ese hombre no lo vas a encontrar en un taller trabajando con una negra.

—No es tan fácil eso como tú te figuras, mamá.

—Para una tonta puede que no sea fácil; para ti no; y ayudada por mi experiencia, menos.

—Pues no seré yo la que retroceda.

La voz del dueño de la casa sonó en la antesala en aquel momento.

—¿Y de mi almuerzo, qué?

—Dentro de un minuto, Heriberto, cuando haya terminado con Julia.



Por este sombrero me darán veinte dólares.

—¡Siempre Julia! ¡Y a su padre que lo parta un rayo! Nadie se preocupa de mí en esta casa.

—No tengas mal genio papá y ven aquí un momento.

—¿Pero qué es esto? ¿Aun estás en la cama a las doce?

Y volviéndose hacia su esposa le reprendió:

—¿Por qué no enseñas a nuestra hija a que sea útil?

—Cállate, Heriberto. Yo he sido útil toda la vida... ¿y de que me ha servido?

—¿Pero qué diablos hace esa chica con mi sombrero?

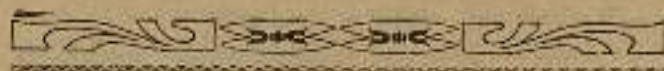
—Una transformación notabilísima—contestó Julia riendo como una loca.

—¿Pero si es el nuevo, que me ha costado tres pesos!

—No seas mezquino, papá. Si lo vendo te compraré otro de cinco pesos lo menos.

Y no hubo más remedio que prestar la conformidad, confiando, eso sí, en el negocio que pudiera hacer la muchacha en el establecimiento de modas.





CAPÍTULO TERCERO

Julia tenía una amiguita, llamada Flora, a la cual llevó con ella al establecimiento de Iselda para que presenciara su triunfo.

Casi toda la colonia elegante se congregaba en los salones de la sin rival modista de sombreros.

La especial muchacha presentó el nuevo casquete confeccionado por ella en cosa de una media hora; y tenía tanta originalidad, que la propia dueña del establecimiento dudó unos instantes.

—No lo dude: este sombrero ha de atraer a los hombres.

—¿Ya lo sabes tú?

—Lo sé porque papá estaba encantado con él.

—Probaremos.

—Póngale una etiqueta de París.

La dueña lo hizo así, y admirando el ingenio de la muchacha exclamó:

—Has nacido diseñadora, Julia. Y te vuelvo a repetir lo que ya te dije en otra ocasión.

—Y ¿qué es ello?

—Que si te unes conmigo te doy una buena participación en el negocio.

Julia vaciló unos instantes; pero en seguida contestó oponiéndose como siempre.

—No puedo, Iselda, no puedo.

—Pero ¿por qué, vamos a ver?

—Sería la muerte de mi madre. Ella no quiere que trabaje.

—¿Espera todavía al príncipe ruso?

—Siempre sueña; y no es eso lo peor, sino que yo también me voy contagiando.

—¡Malo, malo, malo!

Durante este diálogo, en el salón de pruebas estaba ya más de dos horas probándose sombreros una jamona gruesa, llena de joyas costosas y también llena de años, que era lo que ella quería disimular, recurriendo al arte de la moda.

En el centro del salón la contemplaba sin pestañear un elegante joven.

—¿Qué te parece este nuevo modelo?—le preguntó la dama.

—Maravilloso—contestó el joven.

—¿Me sienta bien?

—Perfectamente.

—¿Me favorece?

—¡Oh, ese no!

—¿Cómo?

—¿Qué sombrero podrá mejorar tu peregrina belleza?

—Gracias. ¿Eres el colmo de la galantería!

—¿Quién es esa señora?—le preguntó Julia a Iselda.

—¿La gorda? ¡Oh, es la viuda de Adolfo Heath, el rey del petróleo!

—¿Y el joven que la acompaña?

—Me parece que es su sobrino. Ella le llama siempre Arturito.

—¿Y es tan rica como dicen?

—Millonaria. Pero no hay quien la aguante. Aquí viene todos los días y se prueba cuantos sombreros le presentamos; pero jamás se decide a comprar uno.

—Eso lo acabo yo enseguida.

—¿De qué manera?

—Voy a la sala de pruebas. Después me presentas el sombrero que yo he traído.

Julia se sentó frente a un espejo, muy cerca de la viuda petrolera, y teniendo a su lado a su amiga Flora.

Minutos después se presentó Iselda con el sombrero, entregandoselo a Julia.

—¡Oh! Es de un gusto intachable—dijo empezando la comedia.

—Y que le favorecerá mucho—añadió la dueña del establecimiento.

—Es un nuevo modelo Galto. ¿Verdad que es lindo, Flora?

—Admirable.

La gorda no tardó en darse cuenta del modelo Galto y levantándose de su asiento lo tomó del tocadorcito donde Julia lo acababa de dejar y se lo puso en un abrir y cerrar de ojos.

—Señora—acudió Iselda—. Este sombrero pertenece a esta señorita.

—No me importa—contestó la viuda con malos modos—. Usted me prometió ese modelo y como me gusta, me quedo con él.

Y tan admirablemente fingió Julia su disgusto, que la dama pagó acto seguido lo que le pidieron por el casquete.

—¿Verdad que me sienta bien, Arturito?—volvió a preguntar al joven, satisfecha de su compra.

—Sí, es una delicia, una gran cosa para ti.



CAPÍTULO CUARTO

—¿Quién es esa señorita?—le preguntó a Iselda el que parecía sobrino de la viuda.

—¿Es muy bella, verdad?

—Mucho... una preciosidad. Pero ¿quién es?

—Se llama Julia Coraje.

—No recuerdo ese apellido.

Aquí la dueña del establecimiento, queriendo ayudar a Julia, mintió descaradamente.

—Es una rica heredera... creo que viene del Oeste.

Y el que acompañaba a la gorda siguió a Julia con la vista, hasta que ésta desapareció en el despacho de la dueña del establecimiento. Allí cobró su tra-

bajo espléndidamente y salió de los talleres acompañada siempre de su amiga Flora.

Iselda las siguió hasta la puerta, y una vez allí, le dijo a Julia, cariñosamente:

—Tendré unos preciosos trajes para que los uses la semana próxima. ¡Hija mía, tú haces el reclamo mucho mejor que la prensa.

En las afueras de la población se alzaba una hermosa quinta, que atraía por su originalidad, las miradas de los transeúntes.

Era el mejor y más costoso edificio de cuantos había por allí; y por lo regular sólo vivían en él los viejos criados del acaudalado dueño.

Precisamente la misma mañana en que Julia vendió su elegante sombrero a la señora gorda, un elegante joven penetró en la quinta, siendo recibido con grandes agasajos por uno de los viejos sirvientes.

—No le esperábamos tan pronto, señor—dijo el criado.

—Pero ¿qué le ha pasado a mi chófer? Le envié hace dos semanas con mis baúles.



—*Flora, tú vendrás a presenciar mi triunfo.*

—Vicary, tampoco le esperaba a usted hasta mañana.

—Siempre me he resistido a venir; pero mi tío me había hecho tales alabanzas de la quinta, que me he decidido a pasar en ella una larga temporada.

—Muy bien, señor.

Claro, el recién llegado fué recorriendo todas las habitaciones hasta que llegó a la alcoba destinada para él.

Allí encontró varias prendas de vestir del chófer, y esto le causó la natural extrañeza.

—Este Vicary—dijo con cierto disgusto—ha tomado mi alcoba como su cuarto de vestir.

—El entra y sale... y yo no me he atrevido...

—Bien, hombre, bien. Yo de nada le culpo a usted; y crea que me bastaré para hacer saber a ese mozo la distancia que va del chófer al amo.

No había terminado de hablar, cuando se oyeron pasos en la habitación inmediata.

—¡Vicary!—dijo el viejo criado.

El dueño de la finca le hizo señas de que callara y ambos se escondieron en el cuarto de baño.

Aquí, el flamante chófer, que no era otro que el que pasaba por sobrino de la viuda del rey del petróleo, penetró en la alcoba como en la suya propia, y tiró el sombrero sobre un mueble.

El joven dueño salió despacio de su escondite y contempló al que con tanta frescura le suplantaba.

Cuando el intruso se dió cuenta de que había sido descubierto ya no era tiempo de retroceder y esperó que descargara la tormenta.

—¡Está muy bien, Vicary!

—¡Señor!...

—Esa es mi ropa, ¿no es cierto?

—No puedo negar una cosa que está a la vista.

—¿Y a qué se debe el disfraz?

—Una ficción como otra cualquiera, una tontería, si usted quiere; pero me las he querido echar de elegante por algunas horas.

—¿Ha usado usted mi nombre?

—¡Oh, eso no! Tengo personalidad propia. Lo único que necesitaba era la fachada y por eso me he transformado.

—Espero que no le volverá a ocurrir.

—Se lo aseguro... y gracias por su benevolencia.

—Es usted el hombre más fresco que he visto en mi vida.

—¡Gracias, señor!

Y el chófer fué a despojarse de la ropa de su amo.

—No se quite usted nada de eso, Vicary—dijo de repente el señor.

—¡El colmo de la bondad! ¿Me regala usted el magnífico terno?

—Vicary, aquí entreveo algo muy divertido. Quétese con la ropa, que le sienta tan bien como a mí. Parece que la hayan hecho a su medida.

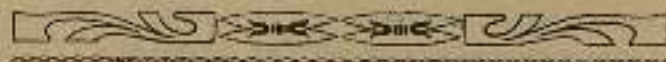
—Pero...

—Se me ha ocurrido que siga haciendo de dueño. Yo le serviré de chófer, hasta que me canse.

—Se cansará en seguida el señor.

—¡Quién sabe! Por de pronto ahí tiene usted mi guarda ropa, a cambio de su uniforme y su gorra de plato.

Y había que ver la cara del viejo criado al observar como Vicary escogía del guardarropa las prendas que más le agradaban, mientras el amo se lamentaba el uniforme de conducir.



CAPÍTULO QUINTO

Aquella misma tarde, el nuevo chófer condujo al nuevo dueño al elegante Hotel Brealrore.

Vicary, transformado en un gran señor, se apeó del auto diciendo en voz alta al chófer:

—Espere en la línea de autos. Estaré aquí como tosa de una hora.

El falso chófer hizo una rápida maniobra y se colocó entre los demás coches que esperaban la vuelta de sus dueños.

—Uno nuevo—le dijo un chófer a otro, indicando al de Vicary—vamos a ver cómo anda de tabaco.

Los dos compañeros saludaron al nuevo y éste empezó a repartir cigarros entre los que iban llegando, hasta que se quedó con la petaca vacía: y en

vez de volverla a guardar en su bolsillo, la arrojó al arroyo, soltando a la vez una carcajada.

Julia apareció entonces bajo la marquesina de cristales del Hotel y dijo algunas palabras al flamante portero.

Éste gritó por medio de su gran bocina:

—¡El coche de la señorita Coraje!

—¿Qué coche será ese?—dijo a sus compañeros uno de los que conducían los autos.

—Jamás he oído ese apellido.

—¡Coraje, Coraje! Yo tampoco.

—¡Qué Coraje!...

El portero volvió a repetir con más fuerza el llamamiento:

—¡El coche de la señorita Coraje!

Pasaron unos minutos y como no acudían al llamamiento, se dirigió el de la bocina a la señorita que esperaba a su lado, siendo el blanco de las miradas de no pocos curiosos:

—No debe estar en la fila, señorita—dijo el portero haciendo una reverencia.

—¡Oh, es el peor chófer que he tenido!

Esto lo dijo Julia con voz entera para que llegara hasta los curiosos que la habían seguido.

Pero, ¡cuál no sería su asombro al ver que se detenía un auto ante ella, y abría la portezuela un elegante chófer, diciendo a la vez con gran respeto:

—¡El coche de la señorita Coraje!

Era el joven dueño de la quinta, el cual quiso ver cómo terminaba la aventura aquella linda joven.

—¿Dice usted que es mi coche?—preguntó Julia con verdadero asombro.

—Sí, señorita. Su chófer me ha encargado del auto y él la enterará después...

Julia no podía continuar así a la puerta del Hotel y tomando una pronta resolución exclamó con energía:

—¡A casa!

Después entró en el coche y éste partió en medio del asombro de los demás conductores que había frente al Hotel.

* * *

Vicary también hacía de las suyas en el interior del establecimiento. Allí, en un lindo saloncito reservado, demostraba sus grandes aptitudes de enamorado de comedia, con la buena señora a quien tenía medio atontada con sus atenciones y caricias.

—¿Y por qué te alejas de mi lado tantas horas? ¡Ingrato!

—¿Que me alejo? ¡Pero si yo estaría siempre a tu lado!

—Habla, amado mío, no te detengas.

—Temo al *qué dirán*...

—Soy libre, tú también lo eres. ¿Qué hemos de temer de la sociedad que nos rodea?

Mientras hablaba así la cándida jamona, el amante se encandilaba hasta tal punto con el brillo de sus sortijas, que le obligaba a traspasar los límites de la prudencia, dando rienda suelta a su especial fingimiento.

—Nunca creí amar a una mujer como te amo a ti—le decía, aprisionando sus manos en un arranque de pasión—. El brillo de tus ojos hace que se oscurezcan las luces de tus brillantes.

—Pues toma; para que pienses siempre en mí.

Y la encantadora viuda puso en un dedo de su amante el mejor anillo que la adornaba.

—Esto me da ánimos para proponerte nuestra pronta unión.

—¡Oh!

—Sí, adorada mía, de ese modo se verán cumplidos mis *dorados* sueños.

—¿Y siempre me amarás así?

—Siempre.

—¿Y me querrás mucho?

—¡Muchísimo!

—¿Siempre?

—¡¡Siemprísimo!!! ¡Oh, me enloqueces y ya no sé lo que pienso ni lo que me digo.

—¡Así somos todos los que amamos bien!

Y la desigual pareja siguió arrullándose, mientras la que formaban Julia y el falso chófer, procuraban aclarar la situación de ambos.

Julia manifestó deseos de apearse del auto y el original conductor hizo alto en seguida.

La muchacha se quedó mirando al chófer fijamente y le preguntó entre interesada y sonriente:

—¿Cuál ha sido su idea?

—La primera, sacarla a usted de un compromiso.

—¿Un compromiso?

—Me di cuenta en el acto de lo que usted pretendía y me interesó su apellido.

—¿Mi apellido?

—Sí, señorita, su... *Coraje*.

Julia rió la oportunidad del chófer, y una confianza especial la atrajo hacia él.

Así lo comprendió el amo de Vicary, el cual se atrevió con el segundo ofrecimiento.

—Tengo una hora libre—le dijo—. ¿Quiere usted que la lleve a su casa?

—Con mil amores.

—Con uno solamente tendría yo bastante.

—¡Demonio de chófer! ¡Y cómo maneja la galantería!

—Cosas que se aprenden de nuestros amos; pero, ¿sube o no sube?

—Subo... pero no al interior.

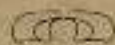
—¿A mi lado?

—A su lado. ¿Me deja manejar el volante?

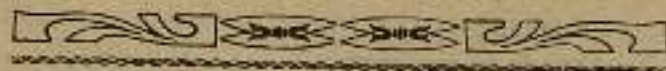
—¡Ya lo creo! Así moriremos juntos si hay algún tropiezo.

El coche, muy bien manejado por cierto, se dirigió por el centro de la población hasta que llegaron al barrio donde vivía la genialísima Julia.

Y allí volvieron de nuevo las preguntas y las proposiciones.



— Me parece que sabe manejar el volante.



CAPÍTULO SEXTO

El chófer, interesado cada vez más con la aventura, no se avenía a dejar tan pronto a la linda muchacha.

—Pero vamos a ver—le dijo antes de que la joven diera un paso hacia su domicilio—¿Me puede usted aclarar más esta especie de encantador enigma?

—¿Qué quiere usted saber más? Me ensayo porque pienso casarme con un millonario. Un ensayo de gran mundo. ¿Lo hago mal?

—¿Luego usted es una fachendosilla, con aspiraciones?

—¿Y no es lógico que las tenga?

—No se lo niego; pero...

—Pues ya lo sabe; me casaré con un millonario.

—¿Cuándo?

—Cuando lo encuentre.

—Desearía que no lo encontrara.

—Ya me está usted resultando un egoísta.

—¡Señorita!...

—Dígame usted: ¿Quién es el dueño del coche?

—Un caballero llamado Flota.

—¿Y qué tal persona es?

—¡Oh! Un hombre terrible.

—¡Demonio!

—Un carácter de esos que se llaman extraordinarios y un poco anticuados.

—¿Y qué me importa si puede comprar coches como éste? Quizá me case con él.

—Eso es lo que él teme... que se casen con él por el dinero, y no por amor.

—Vamos, será un tipo sentimental.

—Usted lo ha dicho; sentimental.

—Otra pregunta.

—Las que usted guste, señorita.

—¿Su nombre de usted?

—Jeffrey, Juan Jeffrey.

—Un poquito vulgar; pero a mí no me desagrada.

—Gracias. Y ahora una proposición en pago de la simpatía que me demuestra.

—Sepamos de lo que se trata.

—¿Vamos a dar un paseo en auto el domingo?

—Ya me seduce la proposición.

—Y habrá su correspondiente merienda.

—¡Ay! ¿Qué contrariedad!

—¿Cuál?

—He prometido a mi amiga Flora salir con ella el domingo.

—Pues viene con nosotros y en paz.

—Es que Flora va con su novio.

—Pues que venga también el novio.

—¿Y cabremos todos?

—Yo le pediré prestado a mi amo un coche más grande.

—¿Y por qué no invitamos también a ese caballero sentimental?

—Porque... vamos... porque no debe ir y basta.

Julia rió como una loca y saludando cariñosamente a su nuevo amigo, desapareció en la escalera de su casa.

Después, ya se lo pueden figurar nuestros lectores. El paseo y la merienda resultaron más que agradables; y hubo otros y otros.

Ya se sabía. Los sábados por la tarde se quedaban apalabrados para el día siguiente, y Juan acudía con el mejor coche de su amo.

¡Qué bueno y qué espléndido era su amo!

Uno de estos sábados se ponían de acuerdo Julia y Flora para sus planes del domingo.

—Te voy a decir algo muy agradable—le dijo Flora a su amiga.

—Te escucho embobada.



— No puedo casarme con usted. ¡Si fuera rico! . . .

—Hugo Sandruan quiere que me case con él.

—Eres una tonta.

—¿Por qué?

—Porque no es más que un empleadillo de tres al cuarto.

—Lo mismo que tu papá.

—Tienes razón. ¡Y fíjate en mamá! ¿Qué ha sacado ella de esta vida, más que trabajos y privaciones?

—Perfectamente. ¿Y qué me dices de tu Juan

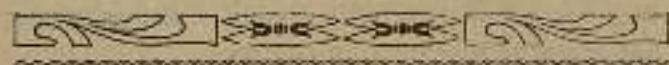
Jeffrey? No creo que un chófer pueda ofrecer riquezas.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué te aficionas de ese modo?

—Vamos, mujer, no seas necia. Juan es un buen amigo que nos proporciona gentas diversiones. No creo que se tenga una que casar con todos los hombres con quienes se divierte.





CAPÍTULO SÉPTIMO

Un domingo fueron a parar las dos parejas a un amenísimo bosque de los alrededores de la población.

Y en honor a la verdad hemos de decir que Julia encontraba este día a Juan, mucho más interesante que en otras ocasiones.

Flora y su novio un tanto separados de sus amigos, les dejaron libres después de la consabida merienda.

No esperaba otra cosa el falso chófer, el cual con verdadera pasión estrechó las manos de Julia, exclamando al propio tiempo:

—¡Julia... estoy loco por tí!

—Cuidadito con perder la cabeza, amigo mío

—contestó la muchacha sonriendo—. Eso es lo peor que le puede suceder a un chófer.

—¿Vamos a ver? ¿Cuándo te casarás conmigo?

—Eso no puede ser. Te lo he dicho ya muchas veces.

—Y ¿por qué?

—Aunque te quisiera más que a las niñas de mis ojos, no podría.

—Repito lo mismo de antes. ¿Por qué?

—No quiero ser pobre.

—No piensas bien, Julia. Yo te ofrezco todo lo que tengo. Si me quieres un poquito nada más, ya verás como somos felices.

—Imposible. Mi madre se ha esclavizado por mí toda la vida; y me tengo que casar por dinero. No debo, no puedo darle un disgusto.

—Pues yo no abandono la esperanza. Cuando cambies de opinión llama por teléfono a Palmeto, treinta y dos, catorce.

Julia amaba de veras a Juan y esto la hacía fluctuar en un mar de vacilaciones; pero siempre salía triunfante el recuerdo y los consejos de su madre.

Así, está ahora, como el asunto era cada vez más resbaladizo, el mismo Juan se propuso cortarlo de raíz, hasta que algún acontecimiento imprevisto hiciera pensar a Julia de otro modo.

Aquel mismo día habló el falso chófer con Vicary, que era el verdadero, diciéndole que se había terminado la comedia, aunque podía seguir usando como suyo, el auto que días atrás le dejara.

—De modo que desde hoy...

—Desde hoy no necesito de sus servicios; ya me he acostumbrado a manejar solo; esto no quiere decir que lo despida del todo. Usted puede seguir en esta casa como hasta aquí... y cuando encuentre algo que le convenga...

—Comprendió. Yo también pensaba despedirme de usted porque he encontrado algo que me permite vivir bien y sin trabajar.

—¡Caramba! Ya es difícil eso; pero lo celebro.

Ignoraba Vicary que en aquella misma hora se amontonaban sobre su cabeza unos nubarrones tremendos.

De modo que cuando ya se vió desligado de su amo, se fué a casa de la dama gorda, y se quedó petrificado al ver que ésta le recibía con cajas destempladas, cosa que jamás había hecho.

—¡Canalla!—le gritó temblando de cólera.

—¿Pero te has vuelto loca, hija mía?

—Antes lo estuve; pero ya he vuelto a la razón, cuando he sabido que me engañabas.

—¿Engañarte yo?

—¡Tú, sí! Un mero chófer, pasando por caballero. ¡Oh, mi vida ha sido arruinada con este disgusto!

—¡Pero reflexiona, querida mía!

—No estoy para reflexionar. Me has puesto en ridículo y eso no lo tolero. ¡Ea! Sal de aquí inmediatamente y no te vuelvas a presentar jamás ante mi vista!

—¿Pero adónde irás sin mí?

—Adonde a ti no te importa. ¡Miserable chófer! ¡Ea! ¡Fuera de aquí!

Y eran tan firmes las palabras de la petrolera, que Vicary, a pesar de su sangre fría, no tuvo más remedio que salir de la casa más que de prisa.

El fracaso había sido mayúsculo; pero aun tenía abiertas las puertas de la casa de su amo. Aun tenía algunas monedas, iba bien vestido y podía lucir el magnífico brillante regalo de la viuda.

¿Quién dijo miedo?

Estaba en plena libertad y rodeado de gentes adineradas. Probaría de nuevo y quizá encontrara algo de menor sacrificio para él.

Pensando en resolver pronto el asunto se dirigió a la gran terraza del Hotel, que daba al lago, y apoyándose en la balustrada de mármol, extendió la vista por aquellos alrededores.



—Me causan envidia su amiga Flora y su novio.

Precisamente recostada en la arena y al pie de la terraza se hallaba Juila abstraída en sus pensamientos.

Vicary no vió a la joven; y encendiendo un cigarrillo, dejó caer el fósforo sobre la sombrilla que cubría a Julia casi por completo.

Y tan distraída se encontraba, que no se dió cuenta de la catástrofe, hasta que algunas personas empezaron a gritar desde arriba:

—¡Fuego, fuego!

La sombrilla ardía que era un dolor; y como Vicary se diera cuenta de que había sido él quien causara el incendio, saltó por las pilastras de piedra y fué a parar junto a la joven, consiguiendo dominar el fuego en un instante.

—¡Gracias, caballero!—manifestó Julia— ¡Oh, no sé quién habrá sido el mal intencionado!... Lástima de sombrilla!

—¡No se apure por eso, señorita. El mal intencionado, mejor dicho, el estúpido he sido yo por no haber advertido la presencia de una belleza como usted; pero estoy dispuesto a recompensarla con cuantas sombrillas quiera. Una, diez, cuarenta... las que le dé la gana.

—Es usted muy amable.

—Y usted la mujer más encantadora que he encontrado en mi camino.

—¿Habremos de alegrarnos del incendio de la sombrilla?—preguntó Julia con marcado interés.

—Yo le juro que sí; pues me aburría soberanamente. ¡Oh, a veces pienso que los millones no sirven para nada.

—También he pensado yo lo mismo muchas veces.

—Ahora bien, que cuando se trata de buscar una compañera como me ocurre a mí, no se puede llegar adonde uno querría, por causa de la familia. ¿Quiere usted que le explique mi situación?

—Con mucho gusto.

—Mis parientes, cargados de oro y de blasones, no podrían ver con buenos ojos que yo me casara con una mujer sin fortuna.

—¿Pero no tiene usted lo suficiente para vivir sin escaseces?

—Me sobra el dinero, señorita; pero me falta la mujer en condiciones para casarse conmigo.

Julia se formó en seguida su plan, y atacó de frente. Al fin había hallado su ideal.





CAPÍTULO OCTAVO

Convenientemente apartados de la elegante muchedumbre, se refugiaron en un poético rincón del parque del Hotel; y allí acabaron de engañarse uno y otra.

—¡Oh!—dijo, de pronto, Julia, cuando Vicary estrechaba sus manos—. Si mis tías me viesan ahora, no me dejarían ni un centavo de herencia.

—¡Pobre señorita! Según eso no tiene usted fortuna propia?

—Sí, me sobra; pero no puedo manejarla hasta tanto que me case.

—Pues casémonos. Los dos somos ricos. ¿Qué pueden importarnos las tías?

—A mí, sí.

—Todo se puede arreglar fácilmente.

—¿De qué modo?

—Después que estemos unidos, no creo que tuvieran nada que oponer.

—Sí... eso creo yo... pero a pesar de todo...

Ya empezaba a declinar el día, y la amante pareja tuvo que abandonar el parque no teniendo más remedio que pasar por el centro de la ancha galería donde los veraneantes formaban dos largas filas y se balanceaban en sus mecedoras.

—¿A quién ha saludado usted?—le preguntó Julia al ver que Vicary se inclinaba ante un individuo vestido irreprochablemente.

—Es un tipo con quien estuve el invierno pasado cazando leones. Fuimos a Africa en mi yate.

Julia hizo como si saludara a una dama, diciendo a la vez a su acompañante:

—Esa es una de las Murrae de Boston. Tiene una quinta en Montecarlo, cerca de la nuestra.

En esto vió la joven al novio de su amiga Flora y recurrió a otra mentira para alejarse de allí.

—¡Pronto!—le dijo a Vicary—. Aquel es Hugo Saudon, el secretario de mis tías. Es preciso que no me vea con usted.

Y fué preciso tomar un pintoresco carruaje del país, en el cual se instalaron los prometidos.

—Ahora, me permitirá usted que la acompañe a su casa—dijo Vicary con marcada insistencia.

—Si tiene verdadero empeño...

—Mucho, no se lo puede usted figurar.

La muchacha no se intimidó por tan poca cosa y le dijo al conductor que se detuviera ante el anchuroso jardín de la quinta más rica que encontró.

—Aquí es donde vivo—dijo con sencillez—. ¿Qué tal le parece?

—No está mal—contestó Vicary sin poder disimular su emoción.

—Siento no poderle invitar a entrar.

—Y yo lo siento más, porque tengo que abandonarla.

—Ya nos veremos mañana.

—Pero antes quiero que formalicemos nuestra formal decisión.

Y quitándose el anillo con el grueso brillante, se lo puso a Julia amorosamente.

—Esto va muy aprisa, amigo mío—dijo verdaderamente emocionada, la incauta joven.

—Yo deseo que vaya más todavía.

—¡Oh!

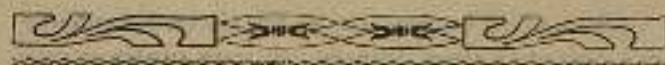
—¡Pobre prisionerita! Deja que te saque de esta cárcel.

—Sí, es verdad, cuanto antes mejor.

—Mañana podríamos fugarnos.

—Precisamente mis tías van a un almuerzo. Yo podría salir a las dos.

—Ya no hablemos más. Hasta mañana, vida mía.
Y Vicary volvió a subir al carruaje, mientras Julia se escondía en el jardín de la quinta para salir cuando el coche hubo desaparecido.



CAPÍTULO NOVENO

Julia llegó a su modesta casa completamente trastornada por la alegría; y sin hablar palabra abrazó a su madre y le puso ante los ojos su manita, donde chisporroteaban las luces del brillante.

—¿Pero qué es eso, hija mía?—preguntó sugestionada la buena señora.

—Ya lo ves; un brillante.

—¿Pero es bueno?

—De primera. Lo llevaba un millonario, con el cual me casaré en seguida.

—Pero ¿cómo ha podido ser tan pronto?

—Las cosas se hacen así, cuando se presenta la ocasión.

—¿Qué alegría tan grande me das!

—Pues, sí, lo he pescado, al fin. Es inmensamente rico, con un *Cateau* francés, un yate inglés y cuatro autos alemanes.

—¿Y por qué no me lo has presentado?

—¡Pero mamá, por Dios! ¿Cómo lo iba a traer aquí?

—¿No le has dicho?...

—Me he valido de una inocente mentira, que ya le explicaré cuando estemos casados. Le he dicho que tengo que heredar de unas tías muy ricas. Esto *viste* mucho, mamá.

—No sé, no sé...

—Mira, de algo me tenía que valer para conseguir esto.

—Bueno; ahora no le digas nada a tu padre.

—¡Claro que no!

—Se pondría a hacer indagaciones y nos dejaría en ridículo seguramente.

—Pues mañana nos fugamos y nos casamos.

—Ay, Julia! Ahora que lo veo hecho no sé por qué me dan ganas de llorar.

—De alegría... a mí me ocurre lo mismo.

—En fin, lo que hay que hacer se hace.

—Y cuanto más pronto, mejor.

+

Al día siguiente, a las dos en punto de la tarde, no faltó Vicary a la puerta de entrada del jardín donde lo despidiera Julia. Esta salió inmediatamente con su madre a la que había transformado en aya, con su correspondiente cofia para que estuviera más en carácter.

—Esta es mi antigua aya, Arturo—le dijo Julia al prometido—. Es la única madre que he conocido... y siempre la llamo así.

Vicary saludó a la señora, y creyendo que hacía una gran cosa sacó del bolsillo una moneda de plata y se la dió con *soberana esplendidez*.

—Usted será bueno con ella, ¿verdad... señor?—auspiró la madre.

—Seré su esclavo, mejor que su esposo.

Y como ya no podían estar más tiempo en la calle, subieron al auto, yendo seguidamente a casa del pastor para que los casara.

Todo salió a medida de sus deseos; pero el desastroso desenlace se acercaba con la velocidad del rayo.

—Ya somos marido y mujer—fué lo primero que dijo Vicary, cuando se quedaron solos en la habi-

tación que ya habían tomado el día antes en el Hotel.

—¡Por fin, Arturo!

—¿Por qué no les damos una sorpresa a las tías?

—Aún no.

—Yo creo que sería este el momento más oportuno.

—Todavía no. Pensemos primero en nuestro viaje de novios.

—Hágase tu gusto.

—Me encantaría ir a Venecia en tu yate.

—A mí también.

—Pues ya estamos aquí de más.

—Pero es que el maldito yate está en reparaciones.

—Haz un cheque. Tomaremos pasaje en un vapor de la línea italiana.

—¿Dices que haga un cheque?

—¡Claro!

—¿Y por qué no lo haces tú?

—No lo veo adecuado.

—Mira, hablemos con sinceridad. Yo no tengo ni fortuna, ni cosa que se le parezca.

—¿Entonces todo es mentira? Tu yate, tus castillos, tus automóviles...

—Todo, Julia. Pero eso tiene una disculpa que tú tendrás que comprender.

—¿Y qué disculpa es esa?



En la playa.

—Que te amo y he tenido que engañarte para que seas mi esposa.

—Entonces tú no eres el caballero que me dijiste?

—Soy un chófer... pero un chófer de primera.

—Esto es una infamia que no puedo tolerar de ningún modo. ¡Adiós!

Y Julia fué a salir de la habitación, siendo detenida por el nuevo esposo.

—Tú no te marchas, Julia—le dijo con tesón—. Te has casado conmigo y tienes que seguirme a todas partes.

—Nunca podré vivir con el hombre que me ha engañado tan villanamente.

—Pero no seas mezquina, mujer. Con tu fortuna tenemos que nos sobra para los dos.

—Repito que no quiero seguir a tu lado.

—¡Ea! ¡Vente a razones! ¿Cuál es el número del teléfono de tus tías?

—No te preocupes por ellas.

—Es por mí por el que me preocupo. Salgamos pronto de dudas.

—Pues no dudes más; yo no tengo tías... ni han existido jamás.

El chófer se quedó lo mismo que si le acabaran de propinar una ducha; y Julia intentó de nuevo salir de la habitación.

—¡Quieta!—gritó Vicary agarrándola de un brazo brutalmente.

—¿Pero aún no te has convencido de que nos hemos engañado mutuamente?

—Eso que me dices no es verdad; la mujer que se presenta en sociedad como tú, por fuerza tiene que tener dinero. A menos que...

—¡Basta! No tolero insultos y menos de un ser tan despreciable como usted. El único dinero que

tengo está en mi bolso, puede usted disponer de él.

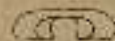
Vicary abrió el elegante bolso de la joven, sacando de él un puñado de monedas de cobre. No había más; y fué tal la decepción del ambicioso que dejó caer el dinero al suelo y amenazando a Julia con el puño cerrado exclamó:

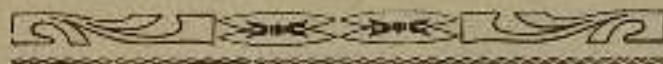
—¿Con que buscabas marido y me has hecho caer en la trampa del matrimonio?

—Lo mismo puedo yo decir de usted.

—¡Ea! ¡Largo de aquí, trasto inútil! ¡Ahora soy yo el que quiere que te marches; y hazlo pronto, porque me están dando ganas de calentarte los huesos con una buena paliza.

Julia miró a Vicary con profundo desprecio y salió de la habitación para no volver más.





CAPÍTULO DÉCIMO

Juan Joffrey recibió, al fin, la llamada por teléfono que tanto tiempo había estado esperando.

Era Julia que de nuevo acudía a él.

—Juan—habló la joven—. Estoy en un terrible compromiso.

—Espérame, Julia: al momento voy a tu lado.

No pudo contenerse la joven al ver a su buen amigo y exclamó, sin reparos de ninguna especie:

—¡Juan... qué insensata he sido!

—De modo que te arrepientes de tus ideas de adquirir riquezas?

—Sí... estoy arrepentida y castigada.

—Pero, vamos a ver. ¿Me quieres o no?

—¡Te quiero, sí, te quiero con toda mi alma!

—¿Aunque sea un simple chófer?

—Aunque fueras un mendigo.

—Pues ya no hace falta más que un capellán que bendiga nuestra unión.

—Pero si es que no sé cómo decírtelo...

—Habla, Julia, que a todo estoy dispuesto.

—¡Estoy casada!

—¿Casada?

—Con un hombre llamado Arturo Vicary.

—¡Mi chófer!—pensó Juan: pero se guardó muy bien de exteriorizar lo que pensaba.

Julia continuó:

—El creyó que yo tenía que heredar... yo creí que él era millonario.

—Y los dos habéis sufrido el consiguiente desengaño.

—¡Qué situación tan horrible!

—No lo creas. Un matrimonio como ese puede anularse cuando tú quieras.

—¡Oh, no es tan fácil!

—Ya verás como lo conseguimos.

—Piensa en el escándalo. Papá y mamá se morirían de vergüenza.

—¡Al fin, despiertas, Julia!

—Sé que cuento contigo.

—Para todo, ya lo sabes.

—Ahora debo ver a mis padres. He de contarles todo.

—Lo apruebo.



—*No le quepa duda. Seríamos muy felices.*

—Después...

—Esperaré a que me necesites, como siempre.

—¡Gracias, Juan!

—No olvides que me tienes dispuesto a todo.

Después de esta entrevista se presentó Julia en su casa, siendo recibida por su madre, la cual después de colmarla de caricias, le hizo una pregunta naturalísima.

—¿Y él, dónde está?

—¡Oh... no sé... nos casamos y...

La alucinada señora no vio nada en las entrecortadas palabras de su hija y siguió dando rienda suelta a su alegría.

—¡Este es el día más feliz de mi vida!

Julia, aunque iba decidida a decir cuál era su verdadera situación, no encontró frases para explicarse sin causar un enorme disgusto a su pobre madre.

Y el conflicto aumentó con la presencia del honrado oficinista.

—¡Ya no te lo podemos ocultar!—exclamó la mujer con aire de triunfo.

—¿Pero qué pasa aquí ahora? ¿Os habéis vuelto locas las dos?

—Aquí la tienes. ¡Se ha casado con un millonario! ¡Mis sueños se han realizado al fin!

—¡Por Dios, mamá! No sigas de ese modo porque harás que pierda el juicio—interrumpió Julia, refugiándose en los brazos de su padre.

—¿Pero no acabas de decirme?...

—Sí que me he casado. Pero mi esposo no tiene ni un centavo. Es un chófer vulgar... un perdido.

—¿De modo que te ha engañado?

—No puedo echarle nada en cara.

—Está bien—exclamó el padre con decisión—. Ese hombre no puede abandonarte; y desde ahora mismo soy yo el que toma las riendas de esta casa.

—¿Pero qué piensas hacer?

—Obligar a ese canalla a lo que un marido no puede abandonar.

—Papá... yo había pensado en el divorcio.

—No habrá divorcio. El matrimonio, es matrimonio, aunque sea con un canalla.

Julia se asomó a la ventana y como viera que Juan estaba aún esperando en la calle, le hizo señas para que subiera.

Su entrada en el piso produjo la natural confusión:

—¿Es usted el hombre que se ha casado con mi hija?—le preguntó el oficinista.

—No, señor. ¡Ojalá lo fuera! Pero yo sé donde le podemos encontrar.

—Pues andando; ya me está usted dando la dirección.

—No hace falta. Abajo tengo el auto y yo les llevaré en seguida.

La familia no esperó más; y minutos más tarde entraban en la ancha plazoleta de la quinta de Juan.

Vilary bajaba en aquel momento del pabellón que se le tenía destinado.

—Ese... ese es mi marido—se apresuró a decir Julia.

El padre se acercó al chófer y como se hallaba tan nervioso, no pudo reprimir algunas frases de mal gusto.

Vicary soltó una carcajada y se cruzó de brazos.

—¿Es esta la contestación que da usted a una persona digna por todos conceptos de que se le respete?

—¿Es usted una de las tías?

—Déjese de chistes, joven. Usted se casó con mi hija y no puede abandonarla.

—Más bien lo creo a usted que a ella.

—Basta de palabrerías inútiles. ¿Cuáles son sus pensamientos?

Aquí se acercó Julia, manifestando que ella era la primera en querer alejarse de Vicary.

—Muy bien, señorita—siguió el chófer subrayando la palabra—. Mejor estaremos cada uno por su lado; pero crea muy del caso que me devolviera el anillo que le di.

—Me parece mejor que lo guarde. Se le podría presentar la ocasión de usarlo otra vez.

—Recuerde que es mío.

—Ahora, no; puesto que está en mi poder.

Vicary vió que se aproximaba su amo y creyó prudente apartarse un poco del grupo que formaba Julia con sus padres.

—Si usted me necesita, puede mandar, señorita—habló Juan con la oportunidad en él acostumbrada.

—Por ahora le agradezco lo que ha hecho por mí.

—Bien poco ha sido.

—Lo suficiente para que vuelva a la realidad de la vida.

—Pero...

—Nada, amigo mío. Voy a trabajar para que mis padres puedan vivir con más desahogo. Esto le debí hacerlo antes, pero bueno es empezar. Adiós Juan, creo que nos volveremos a ver cuando mi situación no sea tan complicada.

—Y yo la espero siempre.

Dicho esto, salieron de la quinta, dejando solos a Juan y a Vicary.

El segundo fué a subir al auto, pero el dueño le detuvo.

—Este es mi coche. ¿Lo había olvidado?

—Perdone usted, señor; con estos disgustos de familia, no está uno para nada... y me marcho a pie... ya encontraré un taxi.

—Está muy bien; pero escuche: Si vuelve a acercarse otra vez a esa joven, le puede costar caro.

—¿Me amenaza usted?

—No es amenaza. Le prevengo nada más.

Y como la actitud del señor no admitía réplicas, dió media vuelta y se alejó prudentemente.



CAPÍTULO ONCE

El ambicioso Vicary, llegó a su cuarto del hotel, bastante preocupado con su situación, pues en un instante habían rodado por el suelo los castillos que su fantasía se había forjado.

Sin esposa millonaria y sin el espléndido amor que antes tenía. ¿Qué sería de él en aquel mundo de grandezas?

Dándole vueltas a mil planes, descabellados casi todos, se dejó caer sobre un sofá, en el preciso momento en que un criado le entregaba una carta.

—Sí—dijo aparentando distracción—, ya me la darás después... Ahora tengo que despachar varios asuntos de más importancia que la cuenta.

—No es la cuenta, señor. Es una carta del extranjero.

—¡Qué cabeza la mía! La espero hace ya varios días.

Y tomando el sobre, lo rasgó nerviosamente, leyendo con creciente interés su contenido.

Decía así:

"Arturo, amor mío:

"Me encuentro muy triste sin ti. Ya sé que tú no tienes la culpa de ser pobre; he recapacitado y te suplico me perdones por la escena que soy la primera en lamentar. Soy rica y quiero que los dos seamos felices. Adjunto un cheque para que nada te falte durante el viaje. Ven a verme a la Habana donde me encuentro. Te esperaré en el muelle, siempre que me avises de tu llegada y en el buque que haces el viaje.

"Adiós... no olvides que te espero con impaciencia.

Sofía H..."

Vicary desahogó su pecho con un profundo suspiro, y después de besar el cheque repetidas veces, salió del hotel para hacerlo efectivo inmediatamente.

Se había salvado.

Pasaron dos meses.

Los padres de Julia se habían instalado con ella en un elegante chalet de las afueras de la población, donde vivían rodeados de comodidades.

¿A qué obedecía este cambio repentino?

Sencillamente, a que Julia se había unido con Iselda y la casa de modas subía en grado superlativo.

—Ya lo ves, querida esposa—le decía el antiguo oficinista a la madre de Julia, mientras saboreaba una taza de café en el coquetón jardín de la casa—Tus aspiraciones se ven cumplidas; pero no por ti sino por mis consejos y por las buenas disposiciones de nuestra hija.

—¡Pobre chica, trabajando como una negra para que nosotros...!

—Trabajando, sí; pero con la retribución que merece su talento.

—¡Oh! En casa de Isalde ella es el principal sostén.

—¿Pues qué más quieres?

—No lo sé, Julia no está contenta.

—¿Pues no ha de estarlo?



— Con que lo de la herencia de las tías era pura
camama!

— ¡Quiá! Ayer hablé con Isalde y confirmó mis
sospechas.

— Pues yo no quiero que mi hija sufra. Si es por
exceso de trabajo, tendré que darte la razón.

— No es eso, hombre de Dios, no es eso.

— Será lo otro.

— Tienes ojos y no ves.

— ¿Ahora me sales con eso?

— Julia está enamorada, y por eso sufre.

— ¿Sin duda de aquel pelagatos?

— No. A ese lo aborrece.

— ¿Entonces quiere a otro?

— ¡Pero qué penetración la tuya!

— Mujer... a ver si vas a dar al traste con mi pa-
ciencia.

— Julia se casaría; pero ya sabes...

En este momento aparecieron en el jardín Julia
y su amiga Iselda, las cuales se dirigieron al cena-
dorcito donde estaban los padres de la primera.

— Así me gusta—dijo la compañera de Julia—
verlos alegres y satisfechos.

— Pues no lo estamos—refunfuñó el padre.

— A ver lo que vas a decir—intervino su esposa.

— Lo que tu me has hecho saber... lo que no sa-
bía, y lo que me cuesta trabajo de saber.

— ¿Y qué es ello?—preguntó Julia.

— Que sufres, que no eres feliz; y como nosotros
lo somos, tienes que serlo tú, por fuerza.

— Y lo soy, no les quepa duda.

— No Julia, no—dijo Iselda a su vez—me consta
que tienes algo y no muy bueno en tu corazoncito.

— Puede que no te equivoques.

— Y eso que posees todo lo que se puede desear
en el mundo.

—Todo lo que se puede desear en el mundo, menos una cosa.

—Eres incomprensible, Julia. La mayoría de las muchachas no despreciarían los ventajosos partidos que tú tienes. ¿Por qué no te casas?

Julia tomó el brazo de su amiga y apartándose del cenador para que no la oyeran sus padres exclamó casi a su oído:

—Solo hay un hombre a quien yo amo. ¡Salde... y a ese hombre hace tiempo que no le veo.

* * *

Los padres de Julia vieron como esta se alejaba con su amiga y se quedaron contemplándose mutuamente.

—¿Te has enterado ya de lo que te decía?—le preguntó ella.

—Sí. Nuestra hija tiene algún pesar, y yo he de hacer los imposibles porque desaparezca.

Y los dos viejos volvieron al interior del edificio, siempre con la idea de no dejar el asunto de la mano, hasta conseguir lo que se proponían.

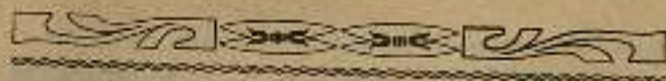
Julia a todo esto se engolfaba en el trabajo del ya famoso taller de modas, sin duda para olvidar

su verdadero amor... el único que había sentido en su vida.

De vez en cuando dejaba el lápiz sobre la mesa del escritorio donde dibujaba los modelos y murmuraba entre profundos suspiros:

—¡Esto no puede continuar así... acabaría conmigo!

CCD



CAPÍTULO DOCE

Juan Jeffrey, cansado de viajar, aburrido y con una pena muy parecida a la de Julia, regresó a su magnífica quinta de Palm.

Allí le recibieron los viejos criados, los cuales no pudieron darle más noticias respecto a Julia, sino que ya no vivía en la modesta casa que antes ocupaba y que en la actualidad ocupaba un lindo chalet en las afueras de la población.

Juan dudó del cariño que le demostró aquella original mujer y pensó que al fin había encontrado el hombre rico que con tanta terquedad buscaba.

Todas sus ilusiones fracasaron al saber la noticia; pero así y todo, no quiso salir para siempre de la población sin apurar hasta la última gota le

copa de la amatga verdad; y enterado de la dirección del nuevo domicilio de la mujer amada, se dirigió a él sin tener un plan fijo.

A veces se detenía como no queriendo seguir, pero una fuerza superior a las suyas le obligaba a continuar.

De este modo llegó hasta la puerta del chalet y allí estuvo parado un buen rato, hasta que abriéndose una ventana del piso bajo, oyó la voz de un hombre que le llamaba.

Juan reconoció en seguida al padre de Julia y éste, antes de que el joven diera un paso hacia el interior, le salió al encuentro, saludándole afectuosamente.

—¿Y Julia?—fué lo primero que preguntó Jofrey.

—¡Oh! Usted no sabe... no sabe...

—Nada sé; y por lo mismo...

—La pobre trabaja constantemente para que no nos falte nada; y ya lo ve, tenemos hasta lujo inclusive.

—¡Lujo!... ¡lujo!...—suspiró el joven con tristeza.

—Pero mi hija no es feliz; y según dice mi mujer es porque tiene una pena muy honda en el corazón.

—Una pena en... pero este lujo. Quizá el hombre a quien se ha unido no la hace feliz, a pesar de su dinero.



—*¡Los dos nos hemos engañado!*

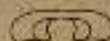
—¿Un hombre aquí? ;Qué! Aquí no hay más hombre que yo. Ella ha levantado el establecimiento de modas de su amiga Iselda y el negocio es de los dos.

—¿Entonces me ama?—prorrumpió Juan como si estuviera solo.

—¿Pero qué diablos habla usted?

—No... he querido decir que ama... que ama a alguien.

- Eso asegura mi mujer.
—Y yo también se lo aseguro.
—¡Oh, usted que tan bueno fué con ella en otra ocasión nos podría ayudar.
—A eso precisamente he venido, a ayudarles.
—¡Magnífico! Voy a avisar a mi mujer.
—No es necesario. ¿Dónde está ella?
—¿Mi mujer?
—La mía... es decir Julia, su hija.
—Mi hija está arriba, trabajando en su estudio como siempre.
—Voy a verla.
—Vamos los dos.
—No, señor. Estas cosas las arreglo yo solo.
—¿Pero usted sabía algo?
—Más que algo. ¡Ea! No perdamos el tiempo inútilmente y acompáñeme hasta la puerta del estudio... hasta la puerta nada más.
—Entonces podré decirle a mi esposa que ha venido usted con la solución para nuestra hija.
—Sí, señor; díglele cuanto quiera... y hasta luego.



CAPÍTULO TRECE

Habían llegado a la puerta del cuarto donde trabaja Julia.

Juan entró sin hacer ruido y llegando de puntillas hasta el sillón que ocupaba la joven, vió cómo ésta dejaba su retrato sobre la mesa después de haberlo besado amorosamente.

—¡Julia!

—¡Juan!

—Los dos amantes se contemplaron con indecible ternura.

—Julia, he viajado, tratando de olvidarte... pero es imposible—dijo el joven tras una corta pausa.

—¡Por fin tengo un momento de dicha!

—¿Un momento nada más? No lo creas. Si tú me
arras ya no nos separaremos jamás.

—¿Olvidas que estoy casada?

—Es un obstáculo que puede desaparecer.

—Existe otro.

—¿Cuál?

—¿Te avendría a que yo trabajara para ti?

—¡Julia!

—Dime, dime lo que piensas.

—Vengo a ofrecerte mi nombre. Además, ya no
soy el que era, tengo un pequeño capital y estoy
dispuesto a colocarlo en tu establecimiento. Sere-
mos tres socios. ¿No te parece?

Julia fué a contestar; mas en este momento se
abrió la puerta del despacho y apareció Vicary, el
chofer auténtico y esposo de la joven.

—¿Qué es esto?—pregunta Juan en el colmo de
la indignación—. ¿Qué busca usted en esta casa?

—¿Eh, poco a poco! Yo busco aquí mi felicidad
como usted.

—Salga inmediatamente de esta casa — exclamó
Julia con dignidad.

—Vamos, tengan ustedes calma, y no se suban
a la parra. Yo vengo en son de paz y nada más.

—¿Y qué es lo que desea?

—Primero que tengan calma, como ya he dicho;
y después hablaremos despacio.

Juan creyó adivinar lo que pretendía aquel des-
ahogado, que se le venía a las manos con rara opor-

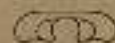
tunidad y le propuso que fuera después por su casa
para hablar con más independencia.

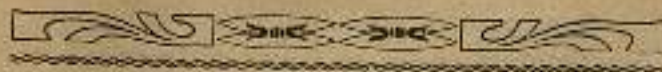
—Ha de ser aquí—manifestó Vicary.

—¿Aquí?

—Claro, esta señora es la que lo tiene que arre-
glar todo. ¡Ah, les advierto que no vengo solo!

Dicho esto se acercó a la puerta, volviendo a
presentarse con la viuda petrolera.





CAPÍTULO CATORCE

—¡Oh, querida mía!—exclamó la recién llegada saludando a Julia con verdadero afecto—. Hemos venido éste y yo, a ponernos bajo su protección.

—Explíquese usted, señora.

—Arturito, no es lo que a primera vista parece.

—Bien, adelante.

—Es impulsivo... ya lo sabe usted; pero tiene un corazón de oro, y no hay que culparle. Yo le desprecié y el pobre muchacho, loco de desesperación, se casó con usted.

—¿Y ha venido aquí con intención de averiguar lo que yo trato de olvidar?

—No, señora. He venido a decirle que se había casado conmigo antes de hacerlo con usted.

Julia se puso en pie.

—¿Entonces no soy su esposa en absoluto?—exclamó con la alegría retratada en su semblante.

—Claro que no: Arturito es mío solamente y está loco por mí. ¿Verdad, niño?

—¡Sí, loco, loco de star!—refunfuñó Vicary.

Julia se acercó al que de un modo tan original le traía la felicidad y entregándole el anillo que él le diera, exclamó:

—Un favor como el que usted acaba de hacerme se merece una recompensa. Aquí tiene la sortija.

—La acepto por venir esta joya de la mujer a quien tanto amo—dijo Vicary ajustando la joya en un dedo.

—Y ahora, paso con mucho gusto de un chófer a otro. ¿Quieres casarte conmigo, Juan Joffrey?—habló Julia, acercándose al aludido.

—¿Pero qué Juan ni qué chófer?—gritó Vicary soltando una carcajada—¿Pero es que aun no sabe usted que este señor era mi amo?

—¿Su amo?

—Don Juan Joffrey Flota. Un millonario de verdad, con yate y con todo lo que usted pueda desear.

Julia se quedó sin saber lo que le pasaba, y mientras su prometido le daba las necesarias explicaciones, aprovecharon la ocasión, la petrolera y Vicary para salir de allí, no sin antes haberse despedido cariñosamente.

Vicary, una vez en la escalera, se quedó contemplando a una señorita de la dependencia del establecimiento de modas.

Y tan entusiasmado estaba, que no apartó la vista de ella hasta que la gorda le empujó con la rodilla, haciéndole perder el equilibrio.

—¿Qué mirabas con tanto interés?—le preguntó celosa.

—¿Quieres saberlo?

—Naturalmente.

—Pues la comparaba contigo y salía perdiendo ella en la comparación; porque tú vales más, mucho más que ella y que todas las mujeres juntas.

—Ay cuánto me amas, Arturito!

—Más que mi vida, nena mía!

Vicary logró al fin la categoría de hombre rico... pero con un pero que no sabemos si podría soportar mucho tiempo.

Julia, por el contrario, llegó a ver realizados sus sueños y fué feliz en absoluto.



EPILOGO

Ya nos parece estar viendo las caritas de nuestras lectoras al leer las últimas líneas de la presente novela.

Les ha faltado algo para saciar su curiosidad; y como nosotros hemos sido cómplices para despertarla, a nosotros nos toca finalizar con más amplitud el interesante asunto.

¿Que si quedaron satisfechos los padres de Julia?

Más que satisfechos, encantados de la vida y del yerno que les había tocado en suerte.

—¿Qué me dices ahora?—le preguntaba al anti-

guo oficinista la madre de Julia, durante uno de los frecuentes paseos en automóvil.

—Pues que aun no estoy satisfecho. Me estorba el chófer ese que llevamos siempre delante enterándose de lo que no le importa.

—¿Y qué remedio nos queda?

—Uno. Desde mañana manejaré yo el volante. Yo creo que sé cómo se hace eso.

—¿Sí? Pues busca otra que te acompañe; porque yo no estoy dispuesta a que me estrelles.

—Ya verás cómo no ocurre nada de eso.

—No quiero perder esta felicidad. Conque no te preocupes y deja que se encargue otro de guiar el coche.

—¿Y qué voy a hacer para pasar el rato?

—¿Te aburres?

—Empiezo a aburrirme, te lo confieso.

—Pues dentro de poco ya te proporcionará Julia una buena colocación.

—¿En casa de Iselda? ¡Oh, yo no sirvo para eso de las modas y de las extravagancias.

—No es para eso.

Y como no quiso que se enterara el chófer le dijo algunas palabras al oído.

—¿Un chiquillo?—gritó el oficinista sin poder contener su alegría.

—O una chiquilla. ¿quién sabe?

—Te lo ha dicho Julia.

—Esas cosas las ve una madre, para podérselas decir a un padre que es tonto.

—¡Oh, gracias! Ahora soy completamente feliz... Ya no me aburriré.

Pasó un año después del enlace de Julia con Juan.

Una mañana después de almorzar el feliz matrimonio recibió una carta la dueña de la casa.

—Abrela tú, Juan—dijo la esposa.

—Viene dirigida a ti.

—No importa.

Juan rompió el sobre y leyó en alta voz:

"Señora doña Julia Coraje de Flota, mi discreta amiga. La creo a usted feliz con su esposo. Yo también lo soy con el mío; pero no con Vicary,

del cual me divorcié cuando supe que se gastaba el dinero con la doncella.

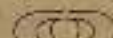
Ahora estoy casada con un joven de mejores prendas, y les anuncio mi próximo viaje a esa.

Ya hablaremos de modas.

Su afma.,

Sofia H.,"

FIN



Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interiores. ¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renez.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renez.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renez.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Unalusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amasadora*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos.

BATURRADAS

Hermosa colección de cuentos,
chistes, ocurrencias, cantos, etc.

Por

Juan del Ebro

/

Se han publicado los tomos siguientes

- 1 CHISTES BATURROS
- 2 CARTICAS BATURRAS
- 3 UN BATURRO ENAMORADO
- 4 LAS BODAS DEL MAÑO
- 5 OCURRENCIAS BATURRAS
- 6 GRESCA BATURRA

Bonitas cubiertas en tricomía

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

Biblioteca ENCANTO

Recomendable para la juventud y familias por
su interés y moralidad.

TOMOS PUBLICADOS

- 1 *Yo soy como la manzana*, por Clovis Elmeric.
- 2 *Amor que no muere*, por Alonso Vaugneray
traducción de Ricardo Prieto.
- 3 *¿Dónde hallar un novio?*, por Clovis Elmeric.
- 4 *La venganza del amor*, por Antonio Guardola.
- 5 *El heroico don Juan*, por Clovis Elmeric.
- 6 *Corazón dormido*, por Ricardo Prieto.
- 7 *Zapato que yo me quito...*, por C. Elmeric.
- 8 *Agua mansa*, por Ricardo Prieto.
- 9 *La novia del asesino*, por Clovis Elmeric.
- 10 *Corazones unidos*, por Pedro Nimio.



Precio: 60 céntimos

Poesía Postal

POR
DIEGO DE MARCILLA



Versos
para es-
cribir toda
clase de
postales



Precio: 1,25 pesetas

Niu
del
COL·LECCIONER
de J. Ce.omer
L'IMPRESSA
Llibres - Gravats
Pintats - Croniques
Diaris - Alacunes
Vinyetes - Diques
Fellinades
Raurich, n. 13
Tel. 222.51.30
BARCELONA 11

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA